

Testimonio de Efisio Pilloni sobre Eduardo para la Ultreya Mundial de Fatima 2017

1) ¿Cómo conociste a Eduardo?

Mi nombre es Efisio Pilloni, de la Diócesis de Sassari en Italia. Tengo los mismos años que Cursillos, porque yo nací en noviembre del 1944, tres meses después del primer Cursillo de Cala Figuera.

Estoy casado con Cristina y tenemos tres Hijos: Marco, Sara y Matteo.

Para mí el Cursillo fue algo especial, al igual que otros muchos Cursillistas, porque conocí al Cristo vivo, normal y cercano. Pero lo que me marco de manera profunda como cursillista y también como cristiano, fue, sin duda, el encuentro con Eduardo. Mi primer encuentro con Eduardo fue algo "inesperado".

Tuve la experiencia de mi Cursillo en febrero del año 1993 y, dos años después, fuimos, con un grupo de hermanos, a la ciudad de Nuoro, donde se celebraba el 20º aniversario de los Cursillos en esa diócesis.

Estaban dos invitados importantes, de los cuales apenas sabía quiénes eran: el Padre Alfredo Carminati, entonces Asesor Nacional de Italia y Eduardo Bonnín.

Recordaba vagamente el nombre de Eduardo al relacionarlo con la historia de los condenados a muerte, pero yo estaba más interesado en el Padre Carminati del cual tuve la suerte de leer algunas cartas, muy bonitas, sobre el Cursillo, dirigidas a los sacerdotes.

Todavía, recuerdo con asombro, que cuando el rector, dio la palabra a Eduardo, de repente se produjo un silencio casi irreal. Sus palabras, inicialmente lentas y tranquilas, se convirtieron en una cascada que desarboló al pobre traductor.

Su determinación para anunciar el "amor del Padre" había capturado el corazón de los presentes, más de trescientas personas, e yo me encontré en comunicación con él, como si su conversación fuera destinada exclusivamente a mí.

El intérprete ya ni siquiera trataba de traducir, no sólo porque tenía dificultad para seguir su ritmo, sino, sobre todo, porque se dio cuenta de que las palabras de Eduardo iban directamente al corazón de todos y no necesitaban ni traducción ni mediación.

Para mí, fue un verdadero pentecostés...

Ese pequeño hombre tenía algo "especial" y estaba allí sólo para dar testimonio de que Dios estaba con nosotros y nos amaba. Y eso era lo que todos comprendíamos.

No recuerdo el tiempo que duró su intervención, sólo recuerdo que al final hubo una ronda interminable de aplausos.

Por la tarde, Eduardo mostró toda su amabilidad al posar para realizar algunas fotos con mi familia. Esas fotos con mis hijos y mi esposa son para mí algo especial que guardo con mucha ilusión.

Después del rito de las fotos, intenté comunicarme con él, pero yo no sabía una

palabra en español, por suerte, el comprendía un poco de italiano, Se me acercó mi esposa Cristina y me dijo: "Efisio, pide a Eduardo si nos permite besar su crucifijo". Ella había oído, de unos Cursillistas bien informados, que Eduardo no se separaba nunca del "celebre" crucifijo.

Yo me sentía algo incómodo, pero luego me armé de coraje y le hago la rara petición. En ese momento vi en su cara una comprensión benévola: sin duda la mía era una petición que ya había recibido de tantos otros. Se pone la mano en el bolsillo de la chaqueta y nos dio su pequeña cruz. Mientras nos entregaba el pequeño crucifijo, con una sonrisa nos dijo algo que sonaba así como: "es el mismo crucifijo de todos los Cursillistas del mundo."

El verdadero sentido de sus palabras, en que el Crucifijo es el mismo de todos los cristianos del mundo y que no existía un crucifijo de Eduardo y que lo que mostraba era sólo su recuerdo, lo he comprendido muchos años después, pero en ese momento para mí el sentido era: "este es el Crucifijo de todos los Cursillistas del mundo."

Estaba tan emocionado al tener entre mis manos lo que para mí era una reliquia, y sí, yo no había entendido el verdadero significado de sus palabras, me sentí parte de esa maravillosa realidad empezada en el 1944 a Cala Figuera en Mallorca.

Y hay más... este mi primer encuentro con Eduardo terminó de una manera inesperada y, para mí, inexplicable.

Después de poner en su bolsillo el crucifijo, Eduardo toma su cartera y saca una tarjeta, con sus datos, y me la pone en mis manos diciéndome: "aquí estoy". Al cabo de 7 años, en el 2002, llegué a comprender que su "aquí estoy" era una verdadera llamada a una amistad.

2) Después de ese primer encuentro con Eduardo, ¿cómo fueron los siguientes?

Los demás encuentros con Eduardo, que fueron todos en Palma, se pueden dividir en dos partes: En primer lugar, son los encuentros que he tenido con él directamente; La segunda parte es el encuentro que he tenido con la persona de Eduardo a través del testimonio de sus amigos después de su muerte.

En las reuniones con él, como era natural, estaba mi admiración por el Fundador de los Cursillos, y utilizaba cada momento para aprender todo lo que era posible saber sobre el movimiento: su historia, su finalidad, su esencia, su metodología auténtica. Yo estaba particularmente interesado en la Reunión de Grupo, ya que en Italia la habían quitado a principios de los años 70.

Para mí era preciso conocer todo: había hecho una recopilación de todos sus rollos, que había sido capaz de recuperar, y ponerlos en un grabador MP3 e iba escuchándolos muchas veces, y sigo escuchando.

Parece una broma, pero, de esta manera, Eduardo, se ha convertido también en mi profesor de español.

Tengo muchas anécdotas pero hay algunas que recuerdo en particular, porque son más personales.

El primero encuentro, solo con él en su casa, fue, para mí, algo inmerecido, que me hizo sentir muy importante. Fue la primera entrevista en su estudio, nos quedamos solos e yo preguntaba y preguntaba... y él contestaba con mucha paciencia. Hablamos casi dos horas,

y al final de la entrevista, mirándome con ojos de un padre, me dijo: "Efisio, yo te admiro." Yo aturdido dije "¿Me admiras?". "¿Y porque?" "Porque tú no te has quedado satisfecho con lo que te habían dicho, y has sentido curiosidad en venir aquí, a Palma. La curiosidad para las cosas de Dios es un regalo especial. Sigue siendo siempre curioso, así te sentirás más joven"

Luego poniéndose de pie, me dijo; "espera", y entró en una pequeña habitación de al lado, de donde volvió con un disco de vinillo de 33, que contiene la primera grabación de muchos de sus rollos sobre el Cursillo. Me lo entregó y dijo: "Tengo solamente dos copias, me las pidieron muchos, también unos obispos, pero siempre decía que no, porque una la guardaba para mí y otra está reservada para un amigo especial. Ahora sé a quién tengo que darla: "a ti". Yo estaba tan feliz y tan confundido que no recuerdo si le dije "gracias".

Dos o tres veces, en diferentes años, lo encontré que estaba revisando su Testamento Espiritual, y yo, que ya tenía un poco de confianza con él, le dije: " Eduardo, el año pasado te deje revisando tu testamento y te encuentro siempre con el testamento, cuando lo vas a terminar?... "Cuando Dios quiera... un día me parece bien, pero al día siguiente, cuando lo leo, encuentro algo que no me gusta, y tengo que buscar otra manera más adecuada.". Es la hora que todo mundo conozca la verdadera historia y la verdadera naturaleza de los Cursillos. Por eso todo tiene que ser verdad, porque la verdad tiene un valor máximo y vale más que la molestia que puede causar".

Otras veces he tenido la suerte de admirar su gran sentido del humor.

Una de las últimas veces que fuimos a buscarle a su casa, con Cristina, le pedimos para poder tomarle unas fotos en diversas habitaciones, al lado de tantos y tantos de sus, recuerdos y libros. El aceptó muy divertido.

Poco después de saludarnos mi mirada se posó en un pequeño cuadro con la foto y las firmas de los Cursillistas de mi ciudad que le habíamos llevado en la visita anterior. Tomé la cámara fotográfica y, volviéndome a él, dije : «disculpa Eduardo... la última foto». Me mira y con una sonrisa que expresaba toda su capacidad de respuesta: «¿Hombre porque la última?» ; «no...no... Eduardo!» Fue mi tartamudeo, y me reí con él.

Otra vez, Cristina, le había llevado, para sus hermanas un paquete de pasteles de almendra, típicos de nuestra isla, y para el, una cajita de «Pocket Coffee», unos dulces de chocolate rellenos de café, muy apreciados en Italia y que sabíamos le gustaban. Tomando la cajita con tanto entusiasmo, se levanta con una gran sonrisa dice: «Estos los vamos a esconder, porque van a llegar mi Reunión de Grupo y ellos se lo comen todo... es mejor no dejarlas aquí» y riendo las entro en la habitación de donde había traído el disco de vinillo.

Al regresar se sentó al otro lado del escritorio delante de Cristina y mirándola emprende a conversar con un... «Bueno, que me contáis!»

Le relatamos las dificultades, las alegrías de nuestra diócesis y le agradecemos el encuentro de 5 horas que había reservado, el día antes, para todos los italianos en el hotel donde estábamos hospedados.

Mientras yo hablaba me daba cuenta que Cristina y Eduardo se miraban a los ojos, como si hubiese una comunicación, en otra línea...

Apenas salíamos de su casa, me dirijo a Cristina y le digo: «Me he dado cuenta, sabes, que tu y Eduardo os mirabáis a los ojos.»

Cristina me responde: «Sí, estaba encantada, estaba perdida en dos ojos de un pícaro niño.... me recordaban los ojos de algunos de mis alumnos de primaria... los miraba...parecían dos pedazos de cielo...»

Este fue el último recuerdo que tengo de EDUARDO: era el día 6 de Mayo 2007, más o menos a las 11,30, y mañana hará, exactamente, 10 años.